

ññññññ

España

que

perdimos ~~no~~

aaaaaa

nos perd^ás.



antología

poética

de un exilio.

~~La prensa ha dicho:~~

"Alberto R. García también ha sabido encontrar un punto de vista entre lo real y lo artístico... violentas contorsiones de la figura humana... momentos verdaderamente emocionantes".
Cristina Selles. Periódico de Valencia.

"En pocas ocasiones un actor pide al público que no aplauda y que, en cambio, guarde un minuto de silencio... y el respetable accede, pero a la salida besa y abraza al actor como premio y como agradecimiento a su buen hacer y decir. Un estupendo espectáculo que merece ser visto y, si no aplaudido, si disfrutado". **Salvador Rodríguez. Comentarios de Inversión.**

"...el lunes, en la Gala del DID el bailarín Alberto García, vio como la Comunidad de Madrid censuraba parte del programa de mano que refería a su actuación... quería incluir fragmentos de La Internacional... En cambio, no se atrevieron a segarla cuando la cantó García como final, acompañado por parte del público y antes de que recibiera una esplendorosa y unánime ovación". **Julia Martín. El Mundo.**

"Alberto García... mostró una conmovedora escena donde habla del exilio". **Roger Salas. El País.**

"La obra, que trata sobre los refugiados/as españoles/as tras la Guerra Civil, emotiva y sensible, fue ovacionada por la sala llena...". **Revista El Nexo.**

"Intenso y necesario espectáculo". **Rafa Romero de Ávila. Odisea.**

"Es capaz de ponerle la fuerza que le imprime a un trabajo que, finalmente, acaba por volverse en contra como un ser que lo devora". **Julio Castro. La República Cultural.**

"Algo radical y sencillo... como una lanza clavada en los corazones de los que sentimos desde las esquinas de España nos mira el pasado como esperando". **Javier Tirado. QRLA**

"España que perdimos no nos pierdas"
pretende rendir homenaje a los cientos
de miles de españoles que tuvieron que
abandonar su patria a raíz de ser
derrotados en la Guerra Civil de 1939.

"España..." es un espectáculo teatral
unipersonal basado en la obra poética de
varias generaciones de escritores
refugiados en diferentes lugares del
mundo.

"España..." es un trabajo de
recopilación antológica de esos autores
transterrados.

"España..." es una visión personal.

"España..." no persigue semblanzas
históricas ni juzgar lo que solamente
pone en su sitio el tiempo.

"España..." no es un estudio de posturas
políticas ni un juego reivindicativo de
vencedores y vencidos.

"España..." intenta solamente rescatar
el punto de vista de quienes desde el
destierro y en la distancia se ocuparon
de realizar el más profundo y doloroso
cuestionamiento del complejísimo sentir
del pueblo español.

***"Los pueblos que no conocen su Historia
están condenados a repetirla".***

Justificación.

Antes que nada, una disculpa por describir este proyecto como una cuestión muy personal, pero quizás sea lo que mejor ayude a dar una idea del verdadero sentido que tiene.

Nací en la ciudad de México el 9 de octubre de 1971, en la Sociedad de Beneficencia Española. Ante el escándalo de mis abuelos ateos, y el consentimiento de mi abuela vasca, las monjas me bautizaron, y me pusieron los nombres de mi padre y de mi padrino: Alberto y Rafael. Para tranquilidad de mi padre, también me registraron, y aparecí con los mismos nombres en un Acta de Nacimiento civil, donde, a todos los efectos legales, quedaba inscrito que había nacido un mexicano más. Sin embargo eso no era tan sencillo.

Fui un pequeño muy rubio, que en México parecía extranjero, y me acostumbré a toda clase de comentarios en diferentes idiomas, lo que no resultó demasiado incómodo, porque en un México "chovinista", resultaban piropos.

Tardé mucho tiempo en empezar a hablar, y cuando lo hice tuve graves problemas para pronunciar la "z", en medio de un enredo entre zoles y sapatos que terminó con una sesión lingüística familiar en la que mi madre y mi tía me deletreaban lo que para ellas era un zapato y un círculo, diciéndome que para mí debían ser sapatos y sírculos por que yo era mexicano.

Entonces comenzaron los problemas.

Resulta que ellas eran españolas, aunque casi se sentían mexicanas, porque siempre habían vivido en México, no como los abuelos, que sí eran verdaderos españoles, aunque quisieran mucho a México, y su nacionalidad fuese mexicana, porque no podía ser española, por algo que trataron de explicarme entre los círculos de España y los sapatos de México, que resultaron ser un enredo demasiado complicado, no sólo para mí, sino para ellas, que se

liaron en ciertas discusiones que prefirieron evitar en mi presencia.

Después del incómodo silencio que sigue a cualquier pelea, solamente atiné a preguntar lo que a mis 2 años le preguntaba a todo el mundo: pero, ¿por qué?

El momento de la respuesta está guardado en mi mente como el primer recuerdo conmovedor de esta "cuestión personal". Mamá y tía, con los ojos mojados, dijeron un montón de cosas complicadas, de esas que los niños no entienden porque son para mayores, y de las que sólo pude descifrar un concepto concreto. La guerra.

Seguí con mi primera infancia, un poco más tranquilo, con un estúpido orgullo de que, si mi pelo era claro, y mis padres hablaban con la "z", era porque un día, en algún lugar, había habido una guerra.

Un par de años después supe que ese sitio estaba muy lejos y conocí de la distancia. Eran navidades y mamá y abuelo iban de vacaciones a España. Vinieron otra vez las charlas y explicaciones, acerca de aviones que volaban muy alto sobre mares inmensos, y de una misteriosa familia, que nadie conocía, y que esperaba ansiosa una visita. Mamá y abuelo hacían esa visita ahora que eso "ya era posible".

Siempre fui un niño perspicaz, me extrañaba imaginar a mamá en el lugar ese de la guerra, y con la pedantería de quien conoce un tema a fondo pregunté a papá: -¿es que ya no hay guerra?

Otra respuesta es el segundo momento emotivo de esta "cuestión". Papá lloraba, quizá un poco borracho: -sí hijo, parece que por fin se acabó la guerra. Era la nochevieja de 1975.

Estudí en el Colegio Madrid, un "colegio del exilio", al igual que años antes lo habían hecho mis padres, y en medio de un ambiente conocido las cosas fueron aparentemente más fáciles. El Colegio Madrid era una escuela diferente al resto de las escuelas, y era el sitio donde debíamos ir todos "nosotros". Esto sonaba lógico, y yo me dediqué a presumirlo a todos los compañeros mexicanos: los niños como yo, con mamás que iban a España,

estudiábamos en un colegio que se llamaba como la capital de España porque en realidad éramos españoles.

En el tercer capítulo lloroso de este "asunto" el que lloraba era yo. Estaba castigado en la oficina y preguntaba a la maestra María: -¿es que no soy español? Ella, furiosa, me respondía con un regaño.

Y es que resulta que "nosotros" no éramos españoles sino refugiados, y esa escuela se llamaba así no porque Madrid fuera la capital de España, sino para recordar al pueblo de Madrid que había sido muy valiente y nunca se había rendido cuando esa guerra. Además, yo debía estar muy agradecido con México, porque nos había recibido cuando habíamos tenido que marcharnos de España. Y sobre todo tenía que sentirme orgulloso de haber nacido en México, porque yo, antes que español, debía ser mexicano.

Con todo esto, a ratos español y a ratos mexicano, según la conveniencia, conocí por mitades el término de "patria". Finalmente, cómodo y hasta divertido, se prestaba a juegos, por ejemplo escoger una de las dos banderas, cuando los lunes, en la asamblea del patio de la escuela, desfilábamos, y cantábamos himnos.

Y pasó el tiempo hasta que un día volvieron a aparecer las dificultades.

Fue en alguna clase de Geografía o Historia, mirando el mapa de la Península Ibérica, cuando sapientísimo pregunté a la profesora: -¿por qué le falta el morado a la bandera?

La respuesta es la cuarta conmoción de "esos" recuerdos.

Supe entonces de las dos Españas, la de allá, y la de acá, de las dos banderas y que el himno que me habían enseñado a cantar no era el que se cantaba en España, sino el de "Riego". Supe lo de la "niña bonita", lo de la República. Lo de la derrota. Supe que perdimos una España que no aparecía en ningún mapa, y que sólo existía entre las cartografías que "nosotros" le trazábamos en nuestras memorias.

Francamente solidaria, la profesora, llamada también María, esta vez chilena, refugiada en un México

antipinochetista que no pudo evitar que muriese asesinada un par de años después, nos explicaba a los "chicos del Madrid", como buenamente podía, cuánta era la "responsabilidad" de nuestro exilio.

Y un poco más consecuente, seguramente responsable, entre los tacos y la fabada, transcurrió el resto de mi infancia que, a reserva de algunos paréntesis nostálgicos de los abuelos con el "y es que los obuses", fue una infancia bastante feliz.

Una educación privilegiada, versión moderna y mexicanizada de la "libre enseñanza" de mis padres, fomentó a temprana edad una extraña vocación en mí, que comenzó como un juego escolar de festivales culturales, y que se desarrolló impulsada por la inconsciencia aventurera de la profesora de literatura que, a los 11 años me ponía en el escenario a dirigir esos textos que había escrito un señor que un día mataron, y que se llamaba Federico. Y así a los 13 vino León Felipe, y Alberti, y a los 15 un montón de poetas mexicanos, y los talleres, y las caras pintadas, y los pelos de colores, y a los 17, la firme convicción de eso del Teatro.

Y con él se fue la infancia, y llegaron los viajes para conocer a los parientes de las fotos, y el turismo, y los museos, y ese cuadro grande con caballos y con toros que todos "nosotros" respetábamos, y los pueblos muy blancos con muchas viejecillas vestidas de negro. Y la quinta emoción de mi "problema", cuando yo mismo me preguntaba entre los souvenirs de El Corte Inglés, dónde estaría la España de mis padres.

Y de vuelta a casa, a México, a los estudios. El duro aprender que no se aprende a ser actor, y la danza y sus dolores, y la Universidad Nacional Autónoma de México, casi familiar, a la que debíamos respetar todos "nosotros".

Han pasado años de ese momento, y esta, la caprichosa profesión que practico, me ha tendido una trampa.

Aún no entiendo bien porqué, me encuentro viviendo en la ciudad de Madrid, en un autoexilio de mi patria mexicana con un documento nacional de identidad que dice que soy

Alberto Rafael García Vidal, y que mi nacionalidad es española.

No sé todavía si por traición. Quisiera que por reconciliación, lo cierto es que estoy aquí, y que aquí vivo. Y seguramente pasaré el resto de mi vida.

El 5 de febrero de 1999 se cumplían 60 años del día en que se abrieron las fronteras de los Pirineos para dar salida a 5 cientos de miles de españoles que buscaron refugio por el mundo en una diáspora que quizás sea, junto con el genocidio nazi, el momento humanamente más doloroso de la historia europea del siglo XX.

Lo cierto es que mis padres cruzaron los Pirineos y estuvieron entre esos 5 cientos de miles. Y lo cierto es que yo, aquí en Madrid, recordando un antiguo compromiso con mi historia, fui fiel a la "responsabilidad" que me inculcaron cuando niño.

Prácticamente obligado a ocuparme del tema, se trataba de una deuda pendiente con mis orígenes, en enero de 1998 asumí el compromiso a través de un proyecto de puesta en escena que se llamó "España que perdimos no nos pierdas".

En ese año yo ya trabajaba como profesional de la coreografía en esta ciudad, había generado una propuesta escénica de danzateatro creando la compañía El Curro, que tenía un sitio reconocido dentro del panorama alternativo madrileño y, en un par de ocasiones, mis producciones habían sido objeto de apoyo gubernamental.

Hice todas las gestiones pertinentes buscando financiación. Solicité 4 ayudas a diferentes entidades públicas y todas fueron denegadas. El argumento fue la falta de "interés artístico" del planteamiento.

Ignoro si mi trabajo carece de "interés artístico", pero en ese momento consideré que había otros "intereses" más importantes, y decidí seguir adelante.

Solo y sin dinero, en algo así como un autoexamen, me propuse crear un espectáculo abarcando todas y cada una de sus responsabilidades en primera persona. Así me convertí

en historiador, antólogo, coreógrafo, bailarín, diseñador, electricista, técnico, costurero y productor.

Con 50.000 de las entonces pesetas del Fondo Promocional de la Asociación Cultural Por la Danza, otro tanto regalado por mis padres, el apoyo no económico de la Asociación de Amistad Hispano Mexicana, la Fundación Españoles en el Mundo, el Ateneo Español de México y la infraestructura de una Sala Alternativa (el Teatro Triángulo) en la que trabajaba por aquel entonces, después de casi 2 años de ensayos, una pequeña temporada de pruebas durante abril de 1999 en Valencia en la Sala Xerea, estrené la obra en noviembre de 1999 dentro del Congreso Internacional sobre la Cultura del Exilio Republicano Español de 1939 "60 Años después", realizando funciones en Toledo, Valencia y Barcelona. En verano de 2000, como extensión a ese "homenaje", y de una manera independiente, llevé la propuesta a México y di funciones en la "Casa del Teatro" para el círculo de refugiados españoles.

Es difícil de explicar con palabras la satisfacción de la experiencia, lo único que puedo es confesar que durante el espectáculo mucha gente de muchos años lloró mucho. En verdad mucho.

Sin duda la mejor medicina para el dolor es el olvido.

En otoño de 2000 reestrené la obra para el público madrileño en el Teatro Triángulo con la promoción habitual de una temporada de esa sala. De las primeras 8 sesiones 5 estuvieron completamente vacías.

Está claro que el resumen de este panorama no parece ser exitoso, sin embargo para mí lo fue.

En abril de 2003, con el nombre de "España de tiniebla y amapolas", mostré un fragmento en el Teatro Albéniz de Madrid, dentro de un homenaje a Antonio Gades. El programa de mano, en forma de barquito de papel con una estrella roja como bandera, fue censurado por el gobierno autonómico del Partido Popular, considerándose panfleto político, porque contenía el estribillo de "La Internacional" que se cantaba durante la pieza.

La lectura en escena de un comunicado y la entrega de esos famosos "barquitos" en la Calle de la Paz, donde se encuentra ubicado el teatro, dio motivos a la prensa, que se hizo eco de ello en medio de un ambiente social contagiado del rotundo "No a la Guerra" de un Madrid antibélico, convulso y revolucionado.

La primavera de 2004 trajo a España más que amapolas. Bombas y un gobierno de la izquierda. Esta vez paritario.

Una segunda etapa de gestión del Partido Socialista Obrero Español en el poder abría la vieja herida. Temas como las fosas comunes o los españoles exterminados en los campos nazis, estuvieron presentes en el Orden del Día de sesiones parlamentarias. En Madrid se pudieron ver exposiciones sobre el Exilio o sus Colegios, y la, en ese momento Ministra de Cultura, reabrió el Archivo de "los Rojos" de Salamanca para devolver los documentos incautados a Cataluña durante la guerra. La noche en que el comunista Santiago Carrillo cumplía 90 años, la Ministra de Fomento retiraba la última estatua de Franco a caballo que quedaba en Madrid.

El 18 de marzo de 2005 se aprobó una Ley de Memoria Histórica que, entre otras cosas, proporcionaba una prestación económica a los "niños de la guerra".

Antes de la brutal crisis, España era un país prometedor y México atravesaba (y aún atraviesa) momentos convulsos y difíciles. Tomando quizá la decisión más difícil de toda su vida, mis padres decidieron acogerse a la ayuda y hacer una vez más las maletas. En 2006, mayores y con problemas de salud, en busca de la seguridad que nuestro "estado de bienestar" proporciona, decidieron venir a morir a la tierra que les vio nacer. España se acordaba al fin de ellos.

Consecuente con el ambiente, en la primavera de 2006, Cristina Rota, exilada argentina reconocidísima mujer del teatro comprometido madrileño, me invitó a participar en el "Festival 3D" en el Centro de Nuevos Creadores. Presenté la pieza con una muy buena reacción del público.

Hoy "España que perdimos no nos pierdas" forma parte del repertorio de El Curro DT Sociedad Cooperativa Madrileña,

que asume la propuesta como una Creación Colectiva y, desde que como tal la presentamos dentro de la celebración del décimo aniversario de la compañía "De los diez que yo tenía" en la Sala Cuarta Pared en octubre de 2007, ya en un contexto normalizado, solemos ponerla en escena de cuando en cuando.

Como si fuese un trabajo más, esta ha sido su trayectoria:

-En 2007, en octubre, el fragmento "España de tiniebla y amapolas" se incluyó en la conmemoración homenaje a las víctimas civiles de los bombardeos en Madrid organizada por la Coordinadora para la Memoria Histórica, en el Salón de Actos del local "Abogados de Atocha" de CCOO.

-En enero de 2008 estuvo en temporada en DT Espacio Escénico.

-En abril 2014, gracias al apoyo del programa Rutas Escénicas del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes de México, volvió con el trabajo a la Ciudad de México, en la "Gira de El Curro DT" representándose en el Foro Ápeiron.

-En enero de 2015, dentro del "IV Ciclo Ellos y ellas bailan solos" se programó en DT Espacio Escénico, al igual que en abril de 2016 y de 2017 en los "X y XII Ciclos Ellos y ellas bailan... o no" y en mayo de 2019 en el "II El Curro DT en primavera".

-En noviembre de 2016, con el fragmento "En Ginebra" formó parte del "Homenaje a Pepe Henríquez" en la Sala Cuarta Pared y, en junio de 2017, se presentó también en la Asamblea Ordinaria de COOPERAMA (Unión de Cooperativas de Trabajo Asociado de Madrid), en DT Espacio Escénico.

-En octubre de 2019 hizo una breve gira en Barcelona en la sala Porta 4.

La pieza está ahora en nuestro baúl de repertorio, aparentemente como un trabajo más y, sin embargo, más allá de las implicaciones que pueda o no tener para mí, a título personal, es claro que no es una pieza cualquiera.

Fuera del contexto de las tablas, la historia de la deuda pendiente del Estado Español para con su exilio de 1939 se siguió (y sigue) escribiendo:

Durante el periodo en que el Partido Popular retomó el poder central (2011-2018) se guardó en un cajón esa "ley" (acaso paliativa) por la que, al menos, comenzó a discutirse cuál es la visión del ayer que interesa a la Democracia Española de hoy. ETA se desintegró y llegó, al fin, la paz al País Vasco. El bipartidismo murió y nuevas formas de entender la política irrumpieron en los escaños de los distintos estamentos assemblearios. Media Cataluña declaró unilateralmente la independencia olvidándose de la otra media. Una moción de censura echó a los populares del gobierno por su irresponsabilidad ante la corrupción y trajo el tercer periodo de gobierno del Partido Socialista, que desempolvó la prematuramente obsoleta "ley", hizo el primer homenaje institucional a los exiliados en el Senado e, incluso estando en funciones, en una sobria jornada de lluvia, se atrevió a desenterrar al dictador de su mausoleo de estado para darle sepultura civil en el ámbito familiar.

Mientras, dentro de la ficción de la poesía, España que perdimos no nos pierdas sigue evocando "el punto de vista de quienes desde el destierro y en la distancia se ocuparon de realizar el más profundo y doloroso cuestionamiento del complejísimo sentir del pueblo español" y de su Democracia, esa Democracia que, paradójicamente, sólo lo será del todo el día que reconozca su deuda moral para con aquellos que defendieron el régimen legítimo que significó la II República Española.

Que a nadie se le olvide.